

Mientras se hacían los preparativos necesarios, y estando Uschakoff en un viaje que tuvo que hacer para asuntos del servicio, Mirowitz, en estado de completa embriaguez, expuso su proyecto a otros militares que lo acogieron con júbilo: estos, sin embargo, eran pocos y aun de clase bastante modesta. Mirowitz no tuvo, según parece, cómplice alguno en la capital (1).

Mirowitz servía en el regimiento de Smolensko y de cuando en cuando tocábale el turno de dar la guardia en la fortaleza de Schlüsselburg.

En esta fortaleza se encontraba a principios de julio: dos días antes de acometer la empresa, atrajo a su proyecto a una porción de oficiales y soldados de Schlüsselburg, procurando, entre ellos, ganar a uno de los oficiales que vigilaban a Ivan, llamado Wlassioff, bien que no hablando clara y abiertamente sino por simples insinuaciones. Wlassioff, sin embargo, se apresuró a poner en conocimiento del conde Panin la conducta de Mirowitz que envolvía la amenaza de un peligro; y Mirowitz sospechando, por algunas circunstancias, que Wlassioff había dado cuenta a su jefe de la conversación con él tenida, se decidió a obrar incontinenti.

Durante la noche, llamó a sus soldados a las armas, y como disponía de 45 hombres y el resto de la guarnición no llegaba a este número, fácilmente pudo tomar la ventaja. En el pequeño combate que se trabó, a consecuencia de haber atacado Mirowitz con los suyos y con un cañon la parte de la fortaleza que ocupaba Ivan, solo combatieron contra él, además de los custodios del preso, los oficiales Wlassioff y Chekin y el comandante de la fortaleza, Berednikoff, en todo 16 hombres. Como agresor llevaba Mirowitz la ventaja, tanto mas cuanto que atacó a sus amigos de improviso. Su conducta demostró que tenía gran energía: en el momento en que el comandante sorprendido por el tumulto se presentó y preguntó por qué Mirowitz tenía en fila a su gente, Mirowitz cogió un fusil y precipitándose sobre Berednikoff y sorprendiéndole con decir: «Tú tienes aquí prisionero a un príncipe inocente,» le dió un golpe con la culata, lo derribó al suelo y lo entregó a la vigilancia de sus soldados. Hecho esto, exclamó: «Voy a ver al emperador,» y su gente le siguió en busca de Ivan. Cambiáronse algunos tiros con los soldados que estaban de guardia en el cuartel, Mirowitz publicó su manifiesto, y después de haber mandado cargar un cañon, se acercó a la puerta de la cárcel, intimando a los centinelas que no opusieran resistencia alguna y entregasen al preso.

Había llegado el caso que se había previsto en la instrucción dada a los encargados de vigilar a Ivan. El capitán Wlassioff y el teniente Chekin, en vista del peligro y de la imposibilidad de resistir, dieron muerte a Ivan. Acerca de los detalles relativos a la muerte del desdichado príncipe no encontramos datos que merezcan entera confianza (2).

Mientras en el interior del cuartel sucedía este hecho terrible, Mirowitz penetró con algunos soldados en la cárcel, subió las escaleras y en la antesala encontró al teniente Chekin. Preguntóle: «¿Dónde está el emperador?» a lo cual Chekin contestó: «Tenemos una emperatriz y no un emperador.» El recinto estaba oscuro, trájose luz y Mirowitz penetró en el calabozo del príncipe a quien encontró tendido, ya cadáver, en el suelo.

Mirowitz llenó de insultos a los asesinos, a lo cual contestaron estos que habían procedido respecto del preso como exigía el juramento que al entrar en el ejército habían firmado. Los soldados de Mirowitz querían dar muerte a los

(1) Véase el episodio de las máscaras del Neva en mi obra, pág. 94-95.

(2) Para los detalles, poco verídicos, de contemporáneos y posteriores escritores, véase mi citada obra, pág. 106.

asesinos de Ivan; pero Mirowitz les detuvo, ordenando que el cadáver fuese puesto en un lecho y que se le condujera del cuartel al cuerpo de guardia principal. Una vez allí, hizo que todos los soldados, puestos en fila, le saludaran.

Entre tanto, llegaron dos oficiales superiores con tropas e hicieron prender a Mirowitz, lo cual demuestra claramente que el comandante Berednikoff o el capitán Wlassioff habían encontrado medio para enterar de lo que ocurría al coronel del regimiento de Smolensko que se encontraba en los alrededores de la fortaleza.

Acto continuo Wlassioff y Chekin enviaron una corta Memoria de lo sucedido al príncipe Nikita, que se encontraba en Zarskoje Sselo, al lado del gran duque Pablo. Panin delegó en seguida a un oficial para que formara en Schlüsselburg el proceso y tomara las medidas necesarias para restablecer el orden, poniendo al propio tiempo todo lo acontecido en conocimiento de la emperatriz que estaba viajando por la Livonia. El cadáver de Ivan fué enterrado después por orden de Catalina, en Schlüsselburg (3).

En la capital, al tenerse noticia de la catástrofe de Ivan, «la aflicción y el descontento fueron grandes,» según refiere un contemporáneo. «No es para descrito, se dice en la narración de este autor, con cuánta audacia y dureza hablaban los rusos, por las calles, de aquel suceso.» La instrucción comenzada en Schlüsselburg y la traslación de Mirowitz a San Petersburgo, en donde se formó el verdadero proceso, se llevaron a cabo en medio de la mayor tranquilidad. Sin embargo, ocurrió cierta excitación entre el elemento militar; y el movimiento que se inició entre los regimientos de la guardia, a consecuencia de la noticia del asesinato del príncipe, adquirió tal fuerza durante la noche del 13 al 14 de julio, que se temieron funestos resultados; pero esta efervescencia duró muy poco y todo volvió al estado normal (4).

Los dignatarios de la capital, Nepluyeff, Panin, Golizyn, Uschakoff y otros adoptaron las medidas que creyeron mas convenientes para conservar el orden. La relación de algunos, según la cual la emperatriz temía que durante su ausencia estallara una revolución, nos parece poco digna de confianza, y en las cartas de Catalina a Panin no se encuentra huella alguna de tales temores. La carta en que Panin da cuenta a la emperatriz de la catástrofe de Schlüsselburg, así como otros muchos documentos relativos a este acontecimiento, han sido encontradas modernamente (5). La contestación de la emperatriz a la carta de Panin dice: «Con gran sorpresa he leído vuestra carta y he venido en conocimiento de los sucesos acaecidos en Schlüsselburg: los designios de Dios son admirables e inescrutables. A las oportunas disposiciones que habeis tomado, solo debo añadir que la información que se abra contra los culpables se lleve a cabo sin estrépito, pero también sin secreto. El asunto en sí impide que permanezca secreto, pues en él han de intervenir mas de 200 personas. Yo había pensado que si la ceniza ocultaba algún fuego era en San Petersburgo y no en Schlüsselburg y hubiera deseado que la noticia no hubiese llegado tan pronto a la capital; pero habiendo sido así, es preciso dar al asunto cierta publicidad, etc., etc.» La emperatriz se extiende luego en consideraciones acerca del modo y de la forma en que debía llevarse a cabo la información. La cuestión de si Uschakoff y Mirowitz eran los autores o simples instrumentos de la conspiración, parecía ser para ella de gran importancia, pero aconsejó que no se empleara demasiado celo en el proce-

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 365.

(4) Véase el trabajo, verídico en muchos puntos, acerca de la vida de Ivan en la «Ilustración de Büsching,» VI, 535.

(5) *Russkaja Starina*, XXV, 291.

so (1). Algunos días después, cuando Catalina tuvo en su poder el protocolo de todo el suceso, hizo algunas atinadas observaciones acerca de ciertos detalles del acontecimiento. Así, por ejemplo, fué de parecer que sería conveniente investigar si entre los oficiales de artillería de Wiborg, a donde Mirowitz pensaba conducir a Ivan, había algunos complicados en el hecho. Con energía sostuvo Catalina que Uschakoff estaba ebrio y propuso que se interrogara a su hermano para saber algo acerca del modo de pensar del desdichado. Repetidas veces manifestó la emperatriz el deseo de regresar cuanto antes a San Petersburgo «para ver terminar tan absurda cuestión» o «para apresurar su término y poner fin a los ridículos rumores que circulaban.» La primera carta que, con fecha 9 de julio, escribió a Panin era corta, tranquila y adecuada a las circunstancias del asunto. Al siguiente día, escribió, entre otras cosas: «El corazón se me oprime cuando pienso en ese suceso: la Providencia me ha dado nuevas pruebas de sus bondades, dando a aquel acontecimiento el sesgo que ha tenido. Mas aunque el mal ha sido extirpado de raíz, temo que en una ciudad tan grande como San Petersburgo, puedan algunos rumores hacer infelices a muchas personas, pues esos dos malvados, a quienes Dios ha castigado por su insolente falta, no habrán dejado de propagar el veneno. Pruébame esto una carta escrita con letra disfrazada que una pobre mujer encontró en la calle el día de mi salida de San Petersburgo. Preciso es preguntar a esos oficiales si escribieron esa carta, en la cual figuran sus nombres (2). Espero en Dios que todo este atentado será descubierto. Si es preciso, no permaneceré una hora mas aquí, etc., etc.» Al terminar esa epístola, dice Catalina: «Escribo francamente lo que mi inteligencia me dicta, pero no creais, por esto, que abrigue temor alguno: no doy a este suceso mas importancia de la que en realidad tiene: el hecho no es mas que un golpe de mano desesperado y absurdo; pero es preciso saber hasta dónde llega la locura, y en su vista apartar de la desgracia a lo que no sea mas que una inocente imbecilidad (3). En otra carta de 16 de julio decía oportunamente: «Ahora es preciso esperar el resultado de todo esto. Así como deseo firmemente que Dios nos haga ver si hay algún culpable, del mismo modo ruego al Todopoderoso que no sea castigado ningún inocente.» La emperatriz se ocupó en examinar los papeles de Mirowitz y dictó a Nepluyeff medidas para que fuesen vigiladas las hermanas de los conjurados; pero al propio tiempo se declaró contraria a que fueran puestas en la cárcel, porque no participaban en manera alguna de las opiniones de sus hermanos. Repetidas veces expresó el deseo de que se evitara toda severidad inútil. Cuando, después de haber regresado la emperatriz a la capital, se pensó en poner lo sucedido en conocimiento del público y de los embajadores rusos en el extranjero, por medio de documentos oficiales, Catalina tomó parte muy activa en la redacción de las circulares y manifiestos (4).

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII, 365. La absurda narración de Castera, según la cual Catalina, durante su viaje, supo en Livonia lo que había sucedido y mostró día y noche gran inquietud preguntando continuamente si había llegado un correo etc., ha sido desgraciadamente creída por algunos. En contraposición a esto se cuenta que recibió la noticia en un baile de máscaras y que vistió con su traje a otra persona para poder contestar con mayor libertad a Panin. Véase el *Archivo ruso*, 1870, pág. 2, 109.

(2) Esto indica claramente que en la carta se hablaba de Ivan Antonowicz.

(3) Ssolowieff, XXVI, 14-15. Esta carta no se encuentra en la colección de la *Ilustración de la Sociedad histórica*, VII.

(4) Véase el borrador de un despacho circular que trazó Panin y que con gran dificultad aprobó la emperatriz, en el *Archivo ruso*, 1871, pág. 1, 421-1, 424. Mi crítica acerca de este documento se encuentra en *La familia de Brunswick*, pág. 118.

En el manifiesto de 17 de agosto, a ejemplo del de 1740, se habla del príncipe Ivan «ilegalmente» entronizado, de cuya existencia tenía noticia la emperatriz al subir al trono y cuya suerte procuró endulzar. Después de esto se refería la conspiración de Mirowitz y el asesinato de Ivan, haciéndose observar que Wlassioff y Chekin «sofocaron la sedición en su germen»: el documento terminaba diciendo que un tribunal especial estaba encargado de dictar sentencia sobre el caso (5).

La instrucción previa, que dirigió el teniente general Weymarn, exigió algún tiempo, pudiéndose demostrar la exactitud del hecho por medio de los interrogatorios de los acusados y de muchos testigos. Mirowitz había confesado por completo su culpa. Llegado que hubo el momento de dictar sentencia, nombróse un tribunal especial compuesto de los individuos del Senado y del Sínodo que ocupaban las tres primeras categorías y los presidentes de los Colegios; de suerte que se sometieron al juicio de los mas elevados dignatarios los resultados de la información previa.

Entre tanto, circulaban por el público los mas extraños rumores acerca del curso del proceso: decíase que Mirowitz había sumido en gran perplejidad el ánimo de los jueces; se aseguraba que al preguntársele quién le había inspirado la idea del atentado, contestó «el conde Cirilo Rassumowsky.» El conde que no había podido satisfacer los deseos de Mirowitz, influyendo para que le fuesen devueltos los bienes de familia, confiscados tantos años hacia, le había animado diciéndole: «Tú eres un joven y has de hacer carrera como los demás; coge por los cabellos a la diosa fortuna y serás un gran señor.» Estas palabras se decía que indujeron a Mirowitz a concebir proyectos aventurados (6). Decíase también que cuando el conde Pedro Panin, de quien Mirowitz había sido ayudante, preguntó a éste por qué había tramado aquella conspiración, contestóle el acusado: «Para ser lo que tú eres (7).»

Según otros rumores, Mirowitz había dado, durante el proceso, muestras de decoro y energía, persistiendo en que no tenía cómplice alguno entre los soldados a cuyo frente se había puesto en Schlüsselburg para dar el golpe de mano.

Cuando estuvo terminada la instrucción del proceso, uno de los miembros del tribunal, el baron Cherkassoff, opinó por la conveniencia de dar tormento al acusado, para averiguar algo acerca de los cómplices o del verdadero instigador del hecho. La asamblea rechazó la proposición de Cherkassoff, y llevada la cuestión a la emperatriz, que antes se había declarado contraria en principio a la tortura, manifestó secretamente a la asamblea que podía hacer en este caso especial lo que tuviera por mas conveniente. En una carta dirigida a Wjassemsky, expresaba la emperatriz su descontento por aquel incidente, y el deseo de que, siendo como era enemiga de la lucha y de las disputas y estando desorientada la opinión pública, se terminase cuanto antes el asunto. «Este conflicto, escribía, no debo resolverlo yo que siento la mayor indignación al oír hablar de la cuestión Mirowitz (8).» El tormento no fué aplicado: Mirowitz fué condenado a muerte y ejecutado en 15 (26) de setiembre. Los cabos, los soldados y aquel lacayo de palacio que habían tomado parte en el suceso fueron castigados con azotes, prision, trabajos forzados y destierro (9).

(5) *Colección legislativa completa*, n.º 12, 228. Siglo diez y ocho, III, 361-364. Büsching, VI, 537-540.

(6) *Archivo ruso*, 1863, pág. 478.

(7) Bantysch-Kamensky, *Biografía de los generalísimos rusos*, I, 226.

(8) Siglo diez y ocho, III, 365-366.

(9) Las absurdas narraciones que posteriormente se publicaron y la crítica de las mismas se encuentran en *La familia de Brunswick*, pág. 74 y 129.



